

CENTRO ASTURIANO DE MADRID

Separata electrónica de la *Revista Asturias*

Nº 93 –Madrid, 7 de febrero de 2013. ISSN versión digital 2255-1786



*Entrega de la MANZANA DE ORO del Centro Asturiano de Madrid
al poeta ANTONIO GAMONEDA*

DESARROLLO DEL ACTO

Tras apertura cordial del Presidente Adjunto del Centro Asturiano, D. Valentín Martínez-Otero, con salutación a los miembros de la mesa y a los muchos asistentes en el Salón “Príncipe de Asturias”, entre los que se hallaba D. Avelino Acero, Manzana de Oro, D. Jordi Doce, Coordinador del Área de Edición del Círculo de Bellas Artes, presentó cariñosa y admirativamente a D. Antonio Gamoneda, de quien destacó su infatigable y meritoria labor, así como su asturianía. Por ello, -dijo-, la Manzana de Oro “es una manera de subrayar y hacer pública una vez más la innegable raíz asturiana de Antonio Gamoneda, su apego por esta tierra nuestra que cuelga entre el mar y las montañas, íntima y secreta, llena de una rudeza cordial que es también, por cierto, la de la poesía misma de nuestro autor”.

Posteriormente, se leyeron las adhesiones al acto, al igual que el título que acredita a D. Antonio Gamoneda como flamante Manzana de Oro. Tras la entrega del áureo galardón al ínclito escritor y de un bello ramo de flores a su esposa Angelines -una suerte de poema de coloridos versos-, D. Antonio Gamoneda, con palabra pausada y sabia, vibrante y emotiva, brillante y fragante, agradeció la Manzana de Oro al Centro Asturiano y habló de nuestra tierrina y del carácter de los asturianos.

Al finalizar el acto, solemne y entrañable, todos los presentes cantaron el “Asturias, ¡patria querida!” un “himno de amor”, según expresión del propio poeta. Se disfrutó después de un rico aperitivo.

PALABRAS DE D. VALENTÍN MARTÍNEZ-OTERO

Buenas tardes a todos señoras y señores, bienvenidos al Centro Asturiano de Madrid, Casa Regional Decana de las españolas en el mundo, vetusto hogar, fundado en 1881, constituido por esta Sede que nos acoge en la calle Farmacia y la Quinta “Asturias”, finca sociocultural y de recreo que cuenta con más de 160.000 metros cuadrados. Para todos los asturianos y amigos de Asturias, un pedacín de nuestro querido Principado en la capital de España.

Desde luego, es para mí un honor presidir este acto, en el que sustituyo a nuestro Presidente D. Cosme Sordo, quien pese a la cercanía anímica se encuentra en Llanes, el Llanes de Celso Amieva: “...marinero, rural, fluvial, urbano, católico, guasón, astur e indiano”.

Gracias a todos los que nos acompañan en acto tan solemne como entrañable. El Manzana de Oro, D. Avelino Acero, los compañeros de la Junta Directiva, entre los que se halla el Vicepresidente D. José Luis Casas, Presidente también de la Federación Internacional de Centros Asturianos (FICA), los amigos de la hermana Casa de León en Madrid,

como D. Cándido Alonso, Presidente de su Consejo Superior, socios, amigos todos.

Me acompañan en esta tribuna el homenajeadado D. Antonio Gamoneda, a quien presentará D. Jordi Doce a su derecha, quien a su vez será sumariamente presentado por mí. También está con nosotros el Vicepresidente 1º del Centro, D. Andrés Menéndez y Dª Pilar Riesco, Secretaria General. Lamentablemente y por problemas de agenda no ha llegado aún la Consejera de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno del Principado de Asturias, Dª Ana González Rodríguez -que acudió al Salón una vez iniciado el acto-. Tampoco ha podido acompañarnos D. Francisco Rodríguez García, Presidente de nuestro Consejo Superior y Presidente de Industrias Lácteas Asturianas-*Reny-Picot*.

En el marco de nuestra liturgia debo recordar que la nuestra es una tierra generosa, una tierrina de bellos tesoros, entre ellos sus frutos, como la manzana, que aquí cuidamos con esmero como el viejo y buen jardinero de los poetas Quintero. Así un día y otro día, así un año y otro año, hasta que el fruto maduro es separado del áureo y hermoso manzano para ser entregado a quienes, como hoy D. Antonio Gamoneda, acreditan méritos suficientes. El verdadero premio, quién no lo sabe, es la virtud y el Centro Asturiano la reconoce con esta Manzana de Oro, su más significativo galardón.

En atrevida clave poética, que espero sabrán disculpar:

“Manzana de fértil pomarada.
Preciada manzana, cultivada en un edén.
Del árbol cariñosamente separada.
Manzanina rica, manzanina bella.
¡Ay, manzana sana! ¡Ay, manzana buena!
¡Qué gusto mirarte!, ¡qué alegría tenerte!, ¡qué placer comerte!
Dorada perla del manzano.
Manzana sin bocado ni pecado.
Del Centro Asturiano, hermoso fruto áureo.”

A la entrega de este galardón se nos convoca esta tarde y acudimos encantados. La manzana se vincula a Asturias, al igual que la Manzana de Oro al Centro Asturiano de Madrid, que reconoce con ella la virtud, el mérito, la excelencia. Manzana que nos evoca al legendario Hércules en el Jardín de las Hespérides, que nos recuerda el color de la sidra, el grano de trigo, la gota de miel, la estrella rutilante y el brillo del sol. Manzana que es símbolo de nobleza, de concordia, de tierra, de encantamiento, de tesoro, de maravilla y de premio. Manzana reluciente, fina, delicada, burbujeante, recogida en árbol crecido de afectos, sembrado con esfuerzo e ilusión.

Damos, pues, la enfática enhorabuena a D. Antonio Gamoneda, asturiano, carbayón como un servidor, que, entre otros muchos méritos, es Premio Cervantes. Poeta que, con esta Manzana entra oficialmente en nuestra afrutada memoria, en nuestro palpitante corazón. Agradecemos la belleza, suavidad y luz de sus palabras, que se agitan como las hojas de árbol trémulo que el viento lleva y hoy nos trae. D. Antonio, hay dolor y hay esperanza. Hay heridas y estrellas, sombras y flores, llantos y cantos, negros silencios y un cielo azul inmenso. D. Antonio, enhorabuena.

Y sin más, procedo a presentar brevemente a D. Jordi Doce, un verdadero honor.

Gijónés, Licenciado en Filología Inglesa por la Universidad de Oviedo y Doctor por la Universidad de Sheffield (Inglaterra). Ha sido también lector de español en la Universidad de Oxford y redactor de la Revista Letras Libres. Actualmente coordina el Área de Edición del Círculo de Bellas Artes, Institución que, por cierto, se fundó en 1880, así que “ye un año más vieya que el Centro Asturiano de Madrid”. Comoquiera que sea, os tendemos la mano para cualquier colaboración social o cultural.

D. Jordi Doce, es autor de los poemarios Lección de permanencia (Pre-Textos, 2000), Otras lunas (DVD Ediciones, 2002) y Gran angular (DVD Ediciones, 2005). Ha traducido a W. H. Auden, William Blake, T. S. Eliot, Ted Hughes y Charles Simic, entre otros. En prosa ha publicado

Bestiario del nómada (Eneida, 2001), los libros de notas y aforismos Hormigas blancas (Bartleby, 2005) y Perros en la playa (La Oficina, 2011), al igual que los ensayos Imán y desafío. También Presencia del romanticismo inglés en la poesía española contemporánea (IV Premio de Ensayo Casa de América; Península, 2005) y La ciudad consciente. Sobre T. S. Eliot y W. H. Auden (Vaso Roto, 2010), el libro de artículos Curvas de nivel (Artemisa, 2005) y el diario La vibración del hielo (Littera Libros, 2008). Desde hace siete años tiene activo el cuaderno virtual de bitácora, blog Perros en la playa (<http://jordidoce.blogspot.com/>).

Ha coordinado los recientes números monográficos de las revistas Quimera (con Marta Agudo) e Ínsula (con José María Castrillón) sobre nuestro poeta D. Antonio Gamoneda.

Enhorabuena por este brillante currículum, que, por fuerza, he resumido. Muchas gracias a todos. Tiene la palabra D. Jordi Doce.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR D. JORDI DOCE

Buenas noches. Quiero dar mis más sentidas gracias al Centro Asturiano de Madrid, en la persona de su Presidente Adjunto, D. Valentín Martínez-Otero, por haber tenido la iniciativa de conceder la Manzana de Oro al poeta Antonio Gamoneda, y por haberme invitado a pronunciar estas palabras de salutación. Quiero expresar también mi más emotivo reconocimiento a Antonio y a su esposa, Angelines, por su presencia aquí entre nosotros, y a todos ustedes, su asistencia. Esta noche honramos a un poeta, un gran poeta, pero a la vez, en su persona, honramos a la poesía.

En alguna ocasión ha comentado Antonio Gamoneda que la poesía ofrece un conocimiento de naturaleza muy peculiar; se trataría, a su juicio, de un saber que el poeta advierte o contempla sólo cuando el poema ha sido escrito. En otras palabras, como ha recordado con sabio acento de paradoja nuestro autor, «yo sólo sé lo que quiero decir cuando ya está dicho». Ningún poeta genuino sabe de antemano adónde conduce su escritura; tiene, a lo sumo, un germen rítmico, una vaga intuición de por dónde debe ir, una atmósfera visual o emocional, un manojo de palabras a las que interpela para generar nuevas palabras, nuevas voces y sonoridades. Pero el resultado no está del todo bajo su control; hay algo que se le escapa, fuerzas que le llevan por terrenos que no estaban en sus planes y que nunca hubiera sido capaz de

imaginar. La escritura de un poema es como un tobogán que nos arroja a zonas de nuestro saber consciente cuya existencia apenas sospechábamos. Algo así, con cierto tono de censura, parece decir el escritor polaco Czesław Miłosz en «¿Ars Poetica?»:

En la esencia de la poesía hay algo indecente:
Brotan de nosotros cosas que no intuíamos tener,
Así que pestañeamos como si de nosotros saltara un tigre
Y estuviera iluminado golpeándose los flancos con la cola.
Con razón se dice que es una daimonion quien dicta la
poesía,
pero se exagera al afirmar que debe de ser un ángel...

¿Qué es eso con lo que el poeta debe negociar una y otra vez al escribir su poema, eso que le impide tener completo dominio del mismo? Miłosz habla de un *daimonion*, un demonio, aunque deja la puerta entreabierta a la presencia de un ángel. Demonio, ángel, ¿de qué? Para otro gran poeta de la Europa del Este, el ruso Joseph Brodsky, ese demonio era sin duda el demonio del lenguaje, eso que llamamos comúnmente genio de la lengua y que tiene mucho, diríamos, del genio de la lámpara de Aladino, un espíritu travieso y burlón para quien el poeta no es más que un intermediario, un altavoz de sus energías más ocultas.

Son muchos los novelistas que han relatado la misma y recurrente anécdota: pasado un punto de su relato, los personajes se les rebelan,

adquieren vida propia, actúan a contracorriente de sus deseos y expectativas, forzando un cambio o un desvío argumental. Pues bien, los personajes del poeta son sus palabras; y, como aquellos, también las palabras se rebelan, tienen vida propia, actúan sin atender a la voluntad de su autor, quien debe atender sus requerimientos, escuchar sus necesidades, acomodar sus imperiosos y a veces contradictorios afanes. Lejos de la definición popular como alguien dotado para el lenguaje, el poeta es alguien para quien las palabras, precisamente por su familiaridad con ellas, son un obstáculo constante, una resistencia, algo que no se deja domar con facilidad. Para el poeta, toda palabra es una traba en potencia, una muesca en la que puede muy bien tropezar en cualquier momento.

Cuando alguien conoce bien una lengua extranjera, decimos por lo común que la «domina». La expresión es notoriamente incorrecta. En realidad, pasa todo lo contrario. Nosotros no dominamos nada, es el idioma el que nos domina a nosotros: cada vez que abrimos la boca empleamos frases hechas, estructuras sintácticas y giros verbales que tienen años y hasta siglos de existencia, y con los que otros mucho antes que nosotros han tratado de expresarse. Cada palabra tiene un espesor cultural y etimológico cuyo verdadero alcance se nos escapa, y que ni siquiera los mejores diccionarios pueden cubrir de manera eficiente. El lenguaje que hablamos lleva impresos los usos de innumerables hablantes, la fuerza de una creatividad individual y comunitaria que ha forjado, con el tiempo, jergas, canciones, dichos,

proverbios... El lenguaje que hablamos es la parte visible de un iceberg que esconde caudales largo tiempo acumulados.

El poeta sabe todo esto mejor que nadie. De hecho, es poeta porque lo sabe mejor que nadie. De ahí esa resistencia constante, esa sensibilidad extrema a cualquier obstáculo que experimenta cada vez que maneja el idioma: las palabras, para él, no son tan sólo cadenas más o menos arbitrarias de sonidos, sino que llevan incorporadas un pasado, una historia, una conciencia, han sido moldeadas por el tiempo, y los actos, y el dolor, y la alegría, de otros seres humanos. Por tal motivo, su empleo entraña una responsabilidad. Hay que ganarse el derecho a decirlas, a pronunciarlas y ponerlas por escrito una detrás de la otra. No cabe la tergiversación, la falacia más o menos oportunista o provechosa, su empleo interesado con fines torcidos.

Historia, resistencia, responsabilidad... Creo que son buenas curvas de nivel para empezar a describir el territorio donde se han movido la obra y la sensibilidad de Antonio Gamoneda. Y si he tardado tanto en llegar a él, dando un ligero rodeo, era porque quería sugerir que la biografía de un poeta, su aquí y ahora a lo largo del tiempo, importa en la medida en que nos permite comprender las modulaciones personales, los acentos propios, con que ese poeta da cauce a percepciones, emociones, figuras y fantasmas de la imaginación que vienen de muy atrás y que son, en última instancia, lo que nos identifica o singulariza como especie. El poeta habla por todos y por cada uno de nosotros, siente en la nuca el

aliento y el ejemplo y la exigencia de todos cuantos le preceden, pero habla desde un lugar y un tiempo que son, como los de cualquier hijo de vecino, sólo suyos, intransferibles.

El aquí y ahora de Antonio Gamoneda ha estado determinado, sin lugar a dudas, por su residencia de muchos años en León: años de formación, de crecimiento y desarrollo personal, años de madurez y de asentamiento, años de vida familiar y creativa; años también, por qué no decirlo, de lucha vital y política, de duro y casi brutal aprendizaje, de sufrimiento temprano y temprano también despertar a la conciencia, de silencio y lejanía de los grandes centros culturales y editoriales... Pero, junto a León, el otro gran *aquí* en la vida del poeta ha sido, por destino y por voluntad propia, Asturias. Por destino, porque fue en Oviedo donde nació, un 30 de mayo de 1931, y porque la memoria de su padre, tempranamente desaparecido, se alía desde muy pronto en su recuerdo a la imagen de la ciudad natal. Por voluntad propia, porque Antonio ha sido un visitante asiduo de Asturias y un frecuentador, no sólo de sus tierras y comarcas (allí veranea todos los años, lejos del calor africano de la meseta), sino también de una parte sustancial de su escena literaria y artística. Son innumerables las ocasiones en que Antonio nos ha visitado para leer poemas, acompañar a pintores o a músicos, participar con su adhesión activa y su entusiasmo riguroso en el día a día de la cultura asturiana. Es algo de lo que yo mismo –disculpen que hable por un instante en primera persona– he sido testigo y beneficiario: aún recuerdo el impacto que en el joven estudiante de Filología que yo

era tuvo una lectura de *Descripción de la mentira* que Antonio ofreció en la Universidad de Oviedo a finales de enero de 1989. Una lectura pasmosa, memorable, que fue determinante –no exagero una pizca– en el desarrollo de mi vocación poética. Fuimos muchos los que por aquel entonces, en Asturias, le leímos y le tuvimos por maestro, y más de una vez bajamos a León, a su domicilio de Dámaso Merino, para visitarle y molestarle con nuestros entusiasmos juveniles y algo desnortados; salía uno de aquella casa reposada un poco más hecho, más seguro de su rumbo, más lleno también de exigencia y de pasión. Cuando tiempo después algunos de aquellos poetas primerizos fundamos la colección de cuadernos de poesía Nómadas y nos agrupamos bajo el paraguas de la revista *Solaria*, Antonio Gamoneda fue quizá nuestro dios tutelar más cercano, más confiable.

Como ya he dicho, Antonio Gamoneda nació en 1931 en Oviedo, en la calle de Melquiades Álvarez. Apenas un año más tarde, en 1932, el día que cumplía 44 años, falleció su padre, quien había sido hasta entonces, durante diez años, administrador y director de *La voz de Asturias*. Esta muerte, como es obvio, trazó un antes y un después en la vida del poeta. No sólo por el posterior traslado con su madre a León, en 1934, y el abandono de la casa familiar, sino por otro hecho más secreto pero no menos crucial.

Antonio Gamoneda padre fue también poeta. En 1919 había publicado su primer y único libro, *Otra más alta vida*, en la estela del modernismo

intimista que habían modelado Juan Ramón Jiménez y el primer Antonio Machado. Fue en ese libro, el libro del padre, donde el hijo aprende las primeras letras: recorriendo con el dedo y con los ojos los poemas, bisbiseando cada palabra, cada verso. Así, el aprendizaje de la lengua, de su lectura y su escritura, queda ligado de raíz al hallazgo y aprendizaje de la poesía y, más aun, a la conciencia de la muerte. El niño percibe desde un inicio la dimensión musical y rítmica, sonora y enigmática de las palabras, pero también la ausencia, el hueco físico del padre trasmutado en libro. El descubrimiento gozoso del lenguaje, el placer sensible que concede la poesía, se enlaza pues con el descubrimiento del dolor y de la muerte.

La guerra civil determina la residencia definitiva de madre e hijo en León. La casa de Melquiades Álvarez es saqueada y desaparece la biblioteca del padre, no muy numerosa pero con libros dedicados de Valle Inclán, Rubén Darío, etcétera. Desde entonces Asturias es el lugar del origen al que se vuelve regularmente y con el que se establecen vinculaciones amistosas: pintores como Orlando Pelayo y Bernardo Sanjurjo, poetas y críticos como Ángel González, Emilio Alarcos Llorach... No puedo olvidar que fue en Gijón, en 1982, donde vio la luz la primera edición, postergada casi veinte años por la censura, de uno de los grandes libros de Antonio: *Blues castellano*. Su artífice fue un jovencísimo Álvaro Díaz Huici –el mismo que fundó y ahora dirige la editorial Trea–, quien, fascinado por la lectura de *Descripción de la mentira*, bajó a León a

visitar a Antonio y logró hacerse con el original de *Blues castellano* para su publicación.

La intensa labor como crítico de arte que Antonio desarrolló en los años sesenta y setenta le llevó a entablar amistad con algunos artistas contemporáneos españoles. Uno de los más destacados fue el pintor extremeño Juan Barjola, con quien colaboró y cuya obra ha servido con frecuencia de correlato visual de su mundo poético. Por tal motivo, cuando en 1988 se inauguró en Gijón el Museo Barjola, gracias a la donación de más de cien obras que hizo el pintor a la ciudad, fue Antonio uno de los encargados, junto con el entonces presidente del Principado, D. Pedro de Silva, de pronunciar el discurso inaugural.

La vocación *asturianista* de Antonio Gamoneda se ha visto reforzada recientemente por dos trabajos que por algún motivo se me antojan complementarios: la letra de la cantata *Oda a Jovellanos* (compuesta con motivo del bicentenario de su muerte), para el tenor asturiano Joaquín Pixán; y lo que el propio Antonio me ha descrito, de manera sucinta y algo misteriosa, como «la depuración letrística (eliminación o arreglo de variantes) de un extenso cancionero popular». Parece una prolongación, esta vez volcada hacia lo propio, de aquel trabajo de reescritura de los *blues* y *negro spirituals* que Antonio leyó a finales de los años cincuenta en francés, en la traducción de Marguerite Yourcenar.

A lo largo de los últimos años, coincidiendo con la publicación de sus libros de madurez –*Lápidas, Edad, Libro del frío, Arden las pérdidas*–, no han dejado de sucederse los premios y reconocimientos públicos: Premio Castilla y León de las Letras (1985), Premio Nacional de Poesía (1988), Prix Européen de Littérature (Estrasburgo, 2005), Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2006) y, finalmente, el Premio Cervantes (2006), ese Premio Cervantes que cae sobre los premiados a la vez como una bendición y como una plaga bíblica que los condena a estar durante años en el ojo mediático. Dos años antes, el Principado de Asturias le había concedido la Medalla de Plata en reconocimiento a su aportación literaria y también a su doble filiación, asturiana y leonesa, que no es sino una moneda de dos caras, pues los lazos que unen a ambos territorios son, como sabemos bien, intensos y se hunden en las nieblas del tiempo. Esta Manzana de Oro que el Centro Asturiano de Madrid le concede ahora muy justamente es una manera de subrayar y hacer pública una vez más la innegable raíz asturiana de Antonio Gamoneda, su apego por esta tierra nuestra que cuelga entre el mar y las montañas, íntima y secreta, llena de una rudeza cordial que es también, por cierto, la de la poesía misma de nuestro autor. Tenemos la suerte y el privilegio de contar con él esta noche, entre nosotros, para celebrar la intensidad luminosa de su obra y la bondad no menos lúcida de la persona. Enhorabuena, Antonio.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR D. ANTONIO GAMONEDA

Saludo con sentida amistad a todos ustedes reunidos mayoritariamente por el paisanaje, que es, entiendo, una forma de fraternidad. Mi saludo conlleva una gratitud y una orientación particularmente concretar por lo que concierne a este entrañable Centro Asturiano; a su Presidente a su Junta Directiva y a todos sus asociados, que ha de ser una muy generosa voluntad la que, para lo que ustedes bien saben, me tiene en esta conmovida circunstancia. Gratitud debo también, y ésta es una deuda difícilmente cancelable, a mi querido y admirado Jordi Doce, que me ha presentado subrayando la que en mí, como en él, es una real y vivida asturianía. Esto es así aunque deba señalar que, en algunas referencias a mi persona y a mi trabajo, sin merma de su sinceridad, Jordi conducido quizá por el afecto, puede haber incluido matices o juicios de valor que, lo digo también yo sinceramente, me intimidan.

Permítanme que ya, porque se trata, naturalmente, de nuestro tema siempre principal, diga algo –poco será aunque debería ser mucho- de Asturias y de nuestra condición de asturianos.

Nuestra tierra, no es un espacio peninsular cualquiera, y en esta afirmación no deben entender menosprecio de ningún otro espacio; lo que quiere decir es que, en Asturias, la unidad geopolítica, regional y provincial, se corresponde con otra unidad ancestral, sustantiva, sentimental y cultural; humana, en definitiva. Sabido es pero insisto: con

independencia de los avatares históricos, de las reuniones y disgregaciones territoriales del pasado, nuestra resultante es unitaria; unitaria sin postergación de las virtudes solidarias. Una sola región en una sola provincia y, en ella, una reciamente tipificada manera de ser y de vivir. Hablo de nuestro generalizado carácter abierto, de nuestra reconocida inclinación a la expresividad y a la comunicación, de nuestra reconocida inclinación a la expresividad y a la comunicación, de nuestro amor y nuestro entusiasmo por cuanto entendemos propio, de la conservación de peculiaridades lingüísticas, de una música vertida en un cancionero diferenciado y propio. Creo que esta singularidad, esta tipicidad singular, no tiene equivalente en ninguna de las otras regiones uniprovinciales españolas –repito: uniprovinciales-, hermosas regiones, sí, pero con un enraizamiento en sí mismas que, a mi entender, no alcanza la profundidad que en Asturias tiene. Una consistencia análoga suele darse únicamente en regiones amplias, con vertebración de país, como son, por ejemplo Galicia o Cataluña, espacios en los que las provincias se apoyan unas en otra, se interpenetran y refuerzan sus rasgos comunes.

Nosotros lo hacemos solos, únicos, solitarios y solidarios. No es, obviamente, una casualidad. Por el sur, nos limita una cordillera; por el norte, el mar. Esta concreta limitación geomórfica bien ha podido suscitar una también concreta, definición humana: nuestra particular manera de ser, de entender y de convivir. De amar, también.

Quizá sin deliberación, pero no sin causa, incluso nuestro himno, en un sencillo automatismo, comienza diciendo “Asturias, patria querida”. Que yo sepa, es el único himno español que comienza pronunciando una declaración de amor.

Pero no sucede sólo en nuestro himno que, si así fuera, podría obedecer a mera decisión institucional; sucede también en nuestras tonadas que en su mayoría proceden del espíritu popular. Ningún otro cancionero-entre los que yo conozco y conozco varios- contiene tan numerosas invocaciones a la “patria chica”, tantos topónimos alusivos a lugares queridos, tantas menciones relativas al paisaje, a realidades neutrales y a hechos, objetos y productos tipificados asturianos. Ustedes conocen, seguro que mejor que yo, el cancionero, pero me apetece recordarles una tonada (podrían ser otras, muchas) que me parece muy significativa en orden al sentido y a las presencias evocadas. Es la que dice:

En la gaita traigo a Asturias/ y en el fuelle la manzana,/en el punteru la sidra/para la xente asturiana.

“La gaita, Asturias, la manzana, la sidra, la xente. Digo la letra de la tonada y me siento confirmado en mis opiniones.

Algo diré ahora –y otra vez será poco- de nuestra situación de asturianos ausentes.

Yo pienso que, precisamente a causa de la ausencia, en nuestra intimidad profunda, la nostalgia aviva nuestra particular sentimentalidad, y recatamos cuando nos es posible de nuestra manera de ser. Es ésta

una necesidad subjetiva y, a la vez, distintivamente colectiva. Creo –y considero que es un ejemplo con valor probatorio- que este Centro existe precisamente para convivir dentro de tal manera de ser, dentro de tal sentimentalidad.

Ser asturiano, pues, imprime, al parecer, carácter. Por lo que a mi toca, siempre en el ámbito familiar o amistoso leonés, no falta quién, entre las bromas y las veras me diga: Eres loco y vano, como buen asturiano. Ustedes sabrán cómo reacciona la tonada ante esta expresión. Lo que yo quiero estimar en la broma y en la canción es que, aunque, como es obvio, no se trate de locura ni vanidad, hay peculiaridades asturianas que se han hecho notorias y que nosotros reivindicamos.

Termino entrando en la que es gustosa y sentida obligación. Debo y quiero decirles, como ya tengo insinuado, mi gratitud por la importante y hermosa distinción que me hacen. Me refiero, claro es, al hecho de haberme otorgado su “Manzana de Oro” y me refiero también a su significado simbólico.

Cuanto he dicho de Asturias y más que pudiera decir, resulta integrado en este símbolo. Otras distinciones he recibido, pero ésta, para un hombre nacido en Oviedo, que tiene un apellido de clara raigambre asturiana (de Luarca, concretamente, en cuyas cercanías montesinas trato de pasar un par de semanas todos los años), esta distinción, para este hombre, tiene un valor especial. Le habla de la tierra en que se incorporó a la vida, le habla de sus padres, le habla de su lejana niñez,

le habla también de su nostalgia y de su condición de ausente. Le habla asimismo de esta fraternidad que ya he mencionado.

Gracias, pues, por reconfortarme en los sensibles términos que lo han hecho; gracias hoy, esta tarde, pero gracias para siempre.